MIGUEL HERNÁNDEZ Y LA GENERACIÓN DEL 36

Por
JOAQUÍN BENITO DE LUCAS
Universidad Autónoma de Madrid

Enunciado polémico

Una vez propuesto el título de mi intervención en el «II Congreso Internacional Miguel Hernández» me di cuenta enseguida que me iba a mover en un terreno sumamente resbaladizo con un enunciado en el que figura el término *generación*, que no es exclusivamente literario, donde aparece también la denominación «generación del 36» sobre la que no existen criterios de unanimidad, y en el que se relaciona a Miguel Hernández con la citada generación cuando con mucha frecuencia se tiende a estudiar a este poeta como figura sola y señera prescindiendo, por lo general, de su relación histórica y literaria con los poetas de 1936.

Así, pues, he aquí tres motivos de discusión: «generación», por un lado, «generación del 36», por otro, y «Miguel Hernández», en tercer lugar, como perteneciente a la misma. De todas formas, no es éste el momento de excusas por el enunciado, sino que es el momento de intentar justificar en lo posible el título de mi comunicación y procurar esbozar un breve panorama en el que no resulten contradictoras la idea de generación, la existencia de la generación del 36 y la filiación de Miguel Hernández a las inquietudes e intereses literarios de los hombres que en la primera mitad de la década de los años treinta hacían, como el propio Miguel Hernández, su primera incursión en el mundo de la literatura.

El concepto de generación

El concepto de generación aplicado a la literatura en el siglo XX ha sido utilizado cada vez con más frecuencia y menor precisión hasta llegar a perder su primitivo valor semántico de «generación literaria» y significar la idea de «promoción», «grupo» o, simplemente, «tendencia o corriente momentánea de la literatura en un período breve de tiempo».

Ello se debe a que del concepto histórico de las generaciones, tal como lo utiliza Ortega y Gasset, se ha pasado a aplicarlo al estudio de los diferentes períodos que forman la historia de la literatura. Para Ortega «El conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente, más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital»[1]. Por su parte, Pinder dice que se da el nombre de generación «a un grupo de personas aproximadamente coetáneas». Tanto Ortega como Pinder precisan la diferencia entre los términos *contemporaneidad* y *coetaneidad*[2]. Pero Ortega, además, precisa que «La edad, pues, no es una fecha, sino una *zona de fechas*, y tienen la misma edad, (son coetáneos, añadimos nosotros) vital e históricamente, no sólo los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas»[3].

Desde mediados del siglo XIX y, particularmente, en la primera mitad del siglo XX, en diversos países europeos (Francia, Alemania) el concepto de generación aplicado a las artes plásticas, musicales y literarias fue utilizado como instrumento de trabajo para determinar diferentes épocas de la historia y precisar hasta qué punto en cada período se daban tales generaciones, qué características presentaban y qué autores formaban parte de ellas.

Este método ha sido utilizado en España con escaso rigor si exceptuamos el uso que Pedro Salinas hace de la teoría de J. Petersen aplicada a la Generación del 98[4]. Por extensión, y con algunas reservas, también se ha denominado generación, en este caso del 27, al grupo de poetas que surgidos en la década de los años veinte se nos presenta hoy con una obra innovadora, moderna y original. Fue Dámaso Alonso quien en 1948 escribía:

> «¿Se trata de una generación? ¿De un grupo? No intento definir. Hace más de un siglo que sesudos germanos están meditando sobre las diferencias, y no han conseguido ponerse de acuerdo. Estas líneas quieren sólo señalar lo que entre esos jóvenes había de común, sin olvidar lo mucho que les distingue»[5].

Y, a continuación, señala los puntos comunes de esa generación que en síntesis son estos: 1.º) «No se alza contra nada». 2.º) «No está motivada por una catástrofe nacional». 3.º) No tiene tampoco un vínculo político (hace la excepción de R. Alberti), ni «... hubo un sentido conjunto de protesta política, ni aun de preocupación política». Y 4.º) «... tampoco literariamente se rompía con nada, se protestaba de nada».

Siguiendo esta norma, aunque en algunos casos sin justificación posible, se han ido etiquetando los diversos movimientos literarios, particularmente los poéticos, de los cincuenta últimos años con el término «generación». Así nos encontramos en estudios literarios y antología poética con las denominaciones de Generación del 36, Generación de los 40 ó «Primera generación de postguerra», «Generación de los 50», «Generación de los 60»... y ¡hasta de los 80!

La Generación del 36

Mucho se ha discutido la idea de si los poetas que publicaron su primer libro en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil constituyen una generación, una promoción o simplemente un grupo de escritores sin más relación entre sí que la que les otorga el ser coetáneos.

Al amparo de las ya aceptadas generaciones, la del 98 y la del 27, era al menos tentador para críticos y poetas rotular el período al que nos estamos refiriendo con el nombre de «Generación del 36». Sin embargo, las razones esgrimidas por P. Salinas para la primera, del 98, apoyándose en las «condiciones necesarias» que propuso J. Petersen –sus «elementos constitutivos»– daban a sus conclusiones atisbos de veracidad. No ocurre lo mismo con los que se han manejado para denominar a la «Generación del 27», pero, no obstante, y aunque con denominaciones diversas («Generación de la Dictadura», «Generación del 25») la idea de «generación» ha quedado fijada plenamente en los manuales de literatura y su denominación es una moneda de curso legal entre los estudios del tema.

Convendría, no obstante, insistir, aunque creemos que a ninguno se nos escapa, que el término «Generación» en su aplicación histórica es distinto de la aplicación que de él se hace en el campo de la literatura. Pero aun prescindiendo de una serie de consideraciones científicas, el término se utiliza en este campo, el de la literatura, con fines didác-

ticos para diferenciar ciertos períodos de nuestra historia literaria. En el fondo, es un intento más de resolver el viejo y árido problema de la periodización de la literatura. No obstante, su uso, con todas las salvedades que se quiera, puede resultar útil si en el término «generación» se encierra un tiempo preciso, unos autores determinados con exactitud y unos hechos históricos concretos.

Para la «Generación del 36» el tiempo preciso sería el que gira en torno –antes y después– al 36, es decir, la década de los 30. Ese período resulta verdaderamente significativo y desgraciadamente triste. La guerra civil será el hito histórico de esta generación como la pérdida de nuestras últimas colonias lo fue de la «Generación del 98». La idea fue lanzada por Homero Serís en 1945:

> «Así como una guerra fue la causa y el antecedente de la cristalización en España de la llamada Generación del 98, así también otra guerra ha originado una nueva generación que yo denominaría de 1936»[6].

Esta denominación vendría a cumplir uno de los requisitos, de los «constituyentes» de los que habla Petersen –el «acontecimiento catastrófico»–. No obstante, la idea fue refutada inmediatamente por G. de Torre al considerarla absolutamente extraliteraria y como un simple pretexto para inferir la existencia de generación.

No piensa lo mismo José Luis Aranguren quien considera la guerra civil como elemento determinante de esa generación:

> «Lo característico de lo que yo, en sentido estricto, llamaría generación literaria del 36, es que sus componentes, tomando una parte más o menos activa, más o menos pasiva en la guerra, no se entregaron totalmente a ella o, ulteriormente, supieron superarla en lo íntimo de sí mismos»[7].

Sea como fuere, cuando la revista *Ínsula* publica el número extraordinario (julio-agosto, 1965) sobre «La Generación Española de 1936» las opiniones que en él se vierten tanto a favor como en contra de la existencia de dicha generación son numerosas. Ricardo Gullón, J.M. Caballero Bonall y el propio G. de Torre en artículos; L. Rosales, en una entrevista, y F. Ayala, Melchor Fernández Almagro, G. Celaya, L. de Luis, C. Bousoño y V. Aleixandre entre otros más, en respuestas a una encuesta sobre el tema, ofrecen opiniones para todos los gustos. Se observa que mientras los poetas y críticos anteriores al 36 tienden a negar la existencia de dicha generación, los que consideran pertenecer a ella afirman su existencia: G. Díaz-Plaja y R. Gullón entre otros más. Pero, no obstante hay excepciones como la que representa G. Celaya:

> «No creo que pueda hablarse de una generación del 36. Si algo hay que la caracterice es precisamente la desunión, la guerra, el exilio, etc.»[8].

De la misma opinión es V. Aleixandre quien afirma:

> «El sino histórico de esa generación como tal la destruyó, la diseminó o pulverizó. (No hubo galaxia, sino estrellas)»[9].

De entre los poetas que se consideran pertenecientes al 36 se encuentra Ildefonso Manuel Gil quien en su intervención en el simposium sobre la «Generación del 36» celebrado en la Universidad de Siracuse en noviembre de 1967 se expresa de este modo:

> «No me interesa aplicar a la discutida "Generación del 36" ningún método definidor de generaciones literarias. Si es una realidad histórico-literaria, soy un miembro de ella. Y si no existe, soy un escritor que anda desvalido, sin ninguna sombra a que acogerse, si es que en la comodidad de los historiadores de la literatura sólo caben las generaciones»[10].

Y añade más adselante con respecto a la situación histórica de la generación:

> «Soy un escritor de la generación más terriblemente marcada por la guerra civil, la que más ha sentido en su propio destino el problema español; para nosotros ese problema no ha sido sólo materia de pensamiento, preocupación intelectual y sentimental, sino cárcel, persecución y –en casos más dolorosos– muerte»[11].

Como hemos podido ver hasta ahora, aunque sucintamente, las opiniones en torno a esta generación y a las circunstancias que la rodean no permiten mantener una idea indiscutible de la misma. No obstante esa diversidad de criterios, el hecho es que poco a poco se ha ido creando la opinión de que los poetas que nacen en torno a 1910 y publican su primer libro en la década de los años treinta constituyen la «Generación del 36», fecha emblemática, por otro lado.

En este sentido existen dos antologías que, con títulos prácticamente iguales (*La generación poética de 1936* y *La generación de 1936*), tratan de dar carta de naturaleza a dicha generación. La primera es de Luis Jiménez Martos[12]. En ella recoge poemas de veinticinco autores que según su criterio tienen características comunes tanto en sus vidas como en sus obras: la revalorización del sentimiento, el redescubrimiento de lo religioso, el vitalismo, la intimidad, la guerra civil, etc. La segunda de las antologías es de Francisco Pérez Gutiérrez[13]. Más restrictiva que la de Jiménez Martos, incluye sólo once poetas. Destaca dos núcleos fundamentales como constituyentes de la generación: los poetas de la revista *Hora de España*, de una parte, y el núcleo de los que formaron la revista *Escorial*, de otra. Pero, además, anexiona a la misma a G. Bleiberg, G. Celaya y M. Hernández por considerar que tienen afinidades diversas con el grupo. Así, pues, se va perfilando lenta y progresivamente el concepto de generación poética aplicado a la de 1936.

Bien es verdad que partiendo de los condicionamientos que Petersen considera necesarios para que exista una generación literaria y teniendo en cuenta la variedad de actitud ante la guerra civil, el comportamiento vital y literario y el destino final de algunos de sus miembros resulta, al menos, dudoso hacer de estos poetas un grupo uniforme semejante a los poetas de 1927. Estudiando aisladamente la vida y la obra de cada uno de ellos posiblemente encontraríamos diferencias más que notables. Pero ¿acaso el concepto de generación no es capaz de superar esas diferencias y ofrecer una visión más amplia y uniforme de ese grupo de poetas?

Si nos atenemos a dos aspectos de externa consideración como son la fecha de nacimiento y la publicación de la primera obra de estos poetas encontramos, como no podía ser menos, puntos de referencia comunes a todos ellos. Así, limitándonos a los once poetas que propone Pérez Gutiérrez en su antología, vemos que todos ellos nacen entre 1906 y 1915[14]. Es decir, en una zona de fechas que comprende diez años. Si por otro lado, consideramos en los mismos once poetas la fecha de publicación de su primer libro, esa zona de fechas se reduce a seis años[15]. Naturalmente que estos datos se obtienen de los poetas que aun considerándolos como núcleo de la generación, no son los únicos que la forman. Otros como E. Azcoaga, P. García Cabrera, J. Ruiz Peña y F. Pino, por no poner sino cuatro ejemplos de los nombres incluidos en la antología de Jiménez Martos, se encuentran dentro de los límites temporales antes señalados tanto para fechas de nacimientos como para la publicación del primer libro. Estos criterios de clasificación aun no siendo infalibles, son necesarios para incluir a los autores que los cumplan dentro de una generación[16].

Junto a estos criterios bio-bibliográficos o externos existen otros exclusivamente literarios de los que participan prácticamente todos los poetas incluidos en la generación

del 36. Son características que aparecen antes o después en las obras de cada uno de ellos. De entre todas podemos destacar el progresivo desinterés por el uso de la imagen y la metáfora y, consecuentemente, por la poesía que Góngora representa; el alejamiento del poema concebido como un «juego», así como el distanciamiento de las formas de los poetas de la generación del 27; el enriquecimiento de los contenidos poéticos con temas más próximos a las preocupaciones del hombre: amor, muerte, Dios, entorno familiar, paisaje, y recuperación de las formas métricas consagradas por la tradición en oposición al versolibrismo de los poetas de la generación inmediatamente anterior.

Todo lo que nosotros apuntamos apresuradamente está confirmado por muchos estudiosos que han tratado el tema y por no pocos de los poetas que forman este grupo y, especialmente, por Ildefonso Manuel Gil:

> «¿Estoy escribiendo sobre política o sobre literatura? Creo honradamente que estoy precisando el verdadero sentido de nuestra generación, partiendo de su verdadero fondo común.
>
> Nuestra participación en los hechos, a lo largo de 1930 y 31, nos sacó del magisterio inmediato de la Generación de 1927, para llevarnos hacia Unamuno, hacia Antonio Machado, hacia Ortega. Y nos apartó de la brillante y gozosa tentación del juego poético y literario, para acercarnos a la integridad del hombre de carne y hueso. Solidarios con éste, quisimos decir la verdad; responsables ante nuestra aceptada condición de escritores, quisimos decirla de la mejor manera posible. Debiendo mucho a los escritores del 27, estábamos decididos a recorrer otros caminos. Habíamos comenzado a recorrerlos cuando estalló la catástrofe»[17].

Miguel Hernández

Visto lo anterior ¿cómo podemos integrar, sin que resulte una integración forzosa, a Miguel Hernández en la generación de 1936? Su vida no fue muy distinta en ciertos aspectos a la de varios poetas de esa generación. Participó tanto o más que ninguno de lo que decía Ildefonso Manuel Gil: «cárcel, persecución», además de la muerte. En última instancia, fue víctima como muchos de sus compañeros de las terribles consecuencias de la guerra, pero en él, con resultados irreversibles.

En cuanto a su poesía, M. Hernández se nos presenta como el poeta de su grupo de obra más variada –aunque no más extensa– en tendencias y orientaciones. Por un lado, en sus dos primeros libros prolonga, en cierto sentido, la estética de los hombres del 27. En sus dos libros siguientes –*Viento del pueblo* y *El hombre acecha*– se sumerge de lleno en la temática del tiempo histórico que le tocó vivir, haciendo referencia expresa y puntual de la guerra civil. Y en su quinto libro –*Cancionero y romancero de ausencias*– inicia una nueva forma, ya apuntada en *El hombre acecha,* coherente no sólo con el desarrollo de su poesía sino con su propia vida de hombre. Es lo que hoy llamaríamos una nueva revalorización del sentimiento en lo que coincide plenamente con los otros poetas del 1936.

Por su actitud vital, por la rehumanización que hace de su poesía y por el carácter marcadamente autobiográfico de su obra, M. Hernández puede y debe considerarse como componente de la generación del 36, siempre que esta generación tenga carta de naturaleza en la historia de la poesía española del siglo XX. Y como otros miembros de ella, M. Hernández dejará su huella en la poesía que surja a partir de 1940. Las tres formas poéticas que en él se dan en lógica evolución van a pervivir, por separado, en la poesía de los años de la postguerra.

NOTAS

[1] *En torno a Galileo,* Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 46.

[2] Para todo lo relacionado con las generaciones vid. J. Matías: *El método histórico de las generaciones,* Madrid, Revista de Occidente, 1949. (Sobre Pinder, págs. 116-121).

[3] Op. cit., pág. 49.

[4] «El concepto de generación literaria aplicado a la generación del 98», en *Literatura española. Siglo XX,* 2.ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1972, págs. 26-33.

[5] «Una generación poética (1920-1936)», en *Obras completas*, IV, Madrid, Gredos, 1975, págs. 657-658.

[6] «The Spanish Generation of 1936», en *Brooks Abroad,* Norman, Oklahoma, XIX, 1945, págs. 133 y ss.

[7] «Encuesta. Generación del 36», en *Ínsula*, Madrid, XX, 1965, núms. 224-225, pág. 6.

[8] Ibídem, pág. 6.

[9] Ibídem, pág. 6.

[10] *Symposium*, XXIX, Syracuse, 1968, pág. 107.

[11] Ibídem, pág. 108.

[12] Madrid, Plaza y Janés, 1972.

[13] Madrid, Taurus, 1976.

[14] J.G. Albert en 1906; L.F. Vivanco en 1907; J. Panero en 1908; en 1909 L. Panero y A. Serrano-Plaja; M. Hernández y L. Rosales en 1910; G. Celaya en 1911; I.M. Gil y D. Ridruejo en 1912, y G. Bleiberg en 1915.

[15] En 1931, I.M. Gil; en 1932, A. Serrano-Plaja; en 1933, M. Hernández; en 1935, G. Celaya, D. Ridruejo y L. Rosales, y en 1936, G. Bleiberg, J. Gil-Albert, J. Panero y L. Rosales. Sólo L. Panero da a la luz su primera obra en 1949, si bien desde 1940 dio a conocer su poesía en diferentes revistas.

[16] A semejantes conclusiones se llega si se aplica el mismo análisis de fechas a los veinticinco poetas reunidos por L. Jiménez Martos. Vid. J. Benito de Lucas, *Literatura de la postguerra: La poesía*, Madrid, Cincel, 1981, págs. 10-11.

[17] *Symposium*, Op. cit., pág. 109.